

Capítulo 1 - Elph del Desierto - El Último Orellen

- [Capítulo 1 - Elph del Desierto - El Último Orellen](#)

Capítulo 1 - Elph del Desierto - El Último Orellen

La carne de los lagartos resplandecientes era mortalmente venenosa. Elph lo sabía con una certeza profunda que le desconcertaba.

Al meter sus pies en el curso lodoso del arroyo y mover los dedos en las cálidas aguas, observó con curiosidad al lagarto más cercano. Su cuerpo entero cabría en la palma de su mano, y sus escamas plateadas brillaban intensamente bajo el sol.

—Si te como, moriré —dijo Elph al lagarto.

El lagarto parpadeó.

—¿Por qué sé eso? —inquirió, inclinando la cabeza de un lado a otro—. ¿Eres importante?

Pensó que el lagarto debía serlo. Después de todo, era lo primero, aparte de su propio nombre, que sentía con verdadera certeza.

Elph se despertó hace quince solsticios, en los restos de una casa, en las ruinas de un pueblo, en medio de ese árido y caliente paisaje que, de algún modo, le resultaba familiar y extraño a la vez.

La casa no era más que ladrillos de barro destrozados y cañas rotas. Solo una pared se mantenía en pie intacta. Cuando llamó en busca de ayuda, nadie le respondió.

Una sensación en su estómago, como agua agitada en una vasija, le decía que eso no estaba bien. Alguien debería haberle contestado. ¿El pueblo no estaba lleno de gente, verdad? No se suponía que Elph estuviera solo, ¿no es así?

No podía recordarlo.

Quizá no era la aldea vacía lo que estaba mal, sino él mismo. Su voz era ronca, como si hubiese estado enfermo o gritando, y su ropa estaba rígida con sangre seca que no parecía ser suya.

Entre los ladrillos dispersos de la casa, encontró una muñeca de paja que le conmovió hasta las lágrimas. La sacó con cuidado del suelo y empezó a recomponer las pajas de su falda antes de cuestionarse sus propias acciones.

Mientras las lágrimas rodaban por su rostro, lavando parte del polvo, decidió que debía conocer aquella muñeca. Seguramente, alguien no lloraría por un juguete dañado que ni siquiera reconocía.

—Debes ser mía —mururó Elph a la muñeca—. ¿Qué nos pasó?

Ella no respondió.

Ahora, la llevaba atada a la cintura, sujeta a un cinturón de cuero que había encontrado entre una pila de piedras blancas y despeinadas, distribuidas por todo el pueblo.

Las piedras le resultaban más incómodas que cualquier otra cosa en las ruinas. Le mantenían alejado del pueblo, salvo durante la noche, cuando los sonidos del desierto empezaban a parecer peligrosos.

—¿Qué sabes de las piedras en el pueblo? —preguntó Elph al lagarto resplandeciente, observando cómo se movía la cola.

Ahora, eran viejos amigos, puesto que este sucio riachuelo de agua era donde pasaba sus días. Pero el lagarto no era más parlanchín que la muñeca de paja.

—Ya que no puedo comerte, probablemente moriré de hambre.

Había encontrado comida en muchas casas destruidas: vasijas de barro llenas de grano, aceite, fruta seca e incluso alcohol dulce. Pero todo se acabaría tarde o temprano. La comida no dura para siempre, y no recordaba cómo esas vasijas se llenaban en primer lugar.

¿Hay que comprarla, verdad? En el centro del pueblo, se suponía que había un lugar donde entregabas monedas a una persona y ella vertía el grano de un saco en tu vasija, para que tuvieras algo que comer.

O tal vez eso estaba mal. Cuando Elph pensaba demasiado en las personas que debían haber habitado el pueblo, su estómago se agitaba. Una o dos veces, incluso llegó a vomitar sobre tierra agrietada por el sol.

Así que no volvió a pensar más si podía o no ayudar.

Decidió aferrarse solo a las cosas que consideraba imprescindibles. Su nombre era Elph. Tenía una muñeca. La carne de los lagartos brillantes era mortalmente venenosa.

Eso era suficiente.

La noche volvió a caer, y Elph regresó al pueblo. Se agazapó entre los escombros de la casa que tal vez fue suya, acurrucado contra la única pared intacta. Comió un puñado de albaricoques secos y nueces saladas. Bebió alcohol de una vasija tan grande que tuvo que envolver sus brazos alrededor para poder levantarla.

El líquido ardiente se derramó por el frente de su camisa y le recorrió el mentón. Incluso inhaló algo de ello, y sus fosas nasales quedaron ardiendo durante mucho tiempo después. Pero a Elph no le importaba. Le hacía sentirse cálido. Le daba mareo. Era más fácil no pensar.

Durmió. Se despertó. Volvió a dormir.

Y durante muchos días después, solo estaban Elph, el desierto que le rodeaba y los lagartos brillantes sobre sus rocas.

Si alguna vez existieron otras personas, pensó, ya no existen.

Megimon echaba de menos ser rico. Quizá no era propio de un simple hechicero, que había tenido la suerte de cruzar el umbral hacia Avorlan, pero aun así...la pobreza era tan terrible como siempre había imaginado.

Su casa estaba en un pantano, ¡por el amor de Dios! Y ni siquiera en uno de los pantanos bonitos y llenos de maná del sur.

El Pantano de los Bueyes era un accidente de la naturaleza en el segundo mundo, un lugar sin poder real pero con vida gracias a su clima. Y toda esa vida, desde plantas que olían a podredumbre hasta mosquitos del tamaño de murciélagos fruteros, era fea y desagradable.

Tras construir una pequeña cabaña, rodeándola con los hechizos adecuados y comprando una buena colección de libros, Megimon ni siquiera podía permitirse un conjunto de ropas que cumpliera con el nivel local. Había aprendido a bordar maná por sí mismo por las tardes, pero parecía que llevaba harapos por las miradas de desprecio que recibía cuando salía en público.

La pobreza dolía todavía más últimamente.

Su tataranieta mayor seguía ofreciéndole grandes sumas de dinero a cambio de su ayuda con los problemas familiares recientes. ¡Si tan solo unos cofres llenos de oro hubieran podido arreglarlo todo! Las monedas y joyas del primer mundo eran más inútiles que un barril lleno de hadas sin alas.

El talento era la moneda aquí, y Megimon no poseía suficiente.

Llegó por primera vez al segundo mundo casi cincuenta años atrás, lleno de esperanza y orgullo. Pero ahora estaba atrapado en un pantano, cosechando energía con círculos durante doce horas diarias solo para poder comprar un té medianamente decente para él y su ayudante.

Y Lutcha—una hada con un ala, de temperamento dulcísimo para su especie—volvió a quejarse de la calidad del té mientras lo preparaba para ambas.

“Vergonzoso,” dijo, girando sus pequeños dedos verdes sobre los tazones humeantes para atraer la energía del ambiente hacia ellos. “No entiendo cómo esperas convertirte en un Mago bebiendo esta porquería.”

“El camino hacia el tercer mundo es largo,” gruñó Megimon.

“Tú no estás en camino,” dijo la hada con una risita. “Estás a un lado de la carretera mordisqueando las malas hierbas como una vaca. Morirás antes de cumplir los trescientos años a

este ritmo. Espero que te acuerdes de incluirme en tu testamento.”

—No haré tal cosa, molesto y costoso ser.—

—Y ahí vuelves a lo mismo. Tonto humano... pensando que los servicios de un duendecillo deberían ser baratos.—

Megimon pensó que solo era medio duendecillo.

Pero nunca lo diría en voz alta. La magia de Lutcha era inusualmente estable para una criatura con un ala. Conseguir sus servicios era la única suerte real que había tenido desde que ascendió a este plano mágico.

«Lo que deberías haber hecho, si tuvieras un poco de sentido común, habría sido esperar a alcanzar la cúspide de tu hechicería antes de venir a Avorlan. Al menos, habrías podido aprender a invocar un demonio para fortalecer tu magia y confiar en la puerta para purgarte de un pequeño pecado al cruzar el umbral. Pero no... eras demasiado pura y valiosa para algo así, y ahora eres la practicante adulta más débil en todo el segundo mundo.»

El duendecillo era del tamaño de un niño pequeño, demasiado pequeño para alcanzar la cima del escritorio de Megimon. Levantó la taza de té con levitación y la colocó en la madera oscura junto a uno de los artilugios amplificadores con los que había estado experimentando durante meses.

Megimon miró la taza. El té parecía igual que cualquier té negro de su vida anterior, pero olía a poder.

—Estoy seguro de que no,—dijo, algo inquieto ahora mientras consideraba las palabras de Lutcha.

—¿A qué no?—

—Estoy seguro de que no soy el más débil del segundo mundo. Quizá uno de ellos, pero no el más débil.—

El duendecillo, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y delgadas, se detuvo en medio de su sorbo de té. —Bueno—, dijo tras pensarlo un momento—, al menos no debería haber sido sarcástico al respecto.

—¿Qué? ¿Quieres decir que yo soy el—

—La lección que debes aprender de todo esto es que deberías dedicar tu tiempo al estudio y la contemplación mágica—, dijo el duendecillo—, en lugar de andar de aquí para allá ayudando a tus descendientes cada tercer minuto. Y deberías comprar un té de mejor calidad, por el bien de los dos, si no por el tuyo propio.

—No es un asunto menor el que les ayudo. Existe un riesgo bastante real de que sean erradicados.—

—¡Pobrecitos!,—dijo Lutchá, sin un ápice de compasión en su tono.

—Simplemente no entiendes a los humanos—, dijo Megimon—. Nosotros no devoramos a nuestros propios hijos si nacen sin poder o destreza.

Lutchá chasqueó la lengua. —Por eso pocos logran hacer algo de sí mismos. En fin, si quieres perder el tiempo en hacer de salvador, tu pequeño amuleto rastreador ha estado sonando en esos días.—

—¿Qué?—dijo Megimon, mirando en torno confundido. Para su sorpresa, el espacio en la estantería donde solía guardar el Disco del Destino Sagrado estaba vacío. —¡Lutchá!—

—Lo lancé al estanque de cangrejos voladores—, dijo Lutchá—. Cosita desagradable y ruidosa. Pensé que así dejaría de escuchar ese ruidazo a todas horas, pero, por desgracia, ahora está en sintonía. Sigue sonando. Debe haber encontrado otro niño muerto para ti. ¿Cuántos llevan ya?—

—Novecientos cuarenta y tres—, respondió Megimon, levantándose del escritorio. —Si está dañado, te arrancaré el ala y te alimentaré primero a un cocodrilo.—

Los ojos de Lutchá, iridiscentes y facetados como los de un insecto, brillaron de repente con intensidad. —Te aferraré—, dijo con voz fría—. Y te arrastraré al interior de la bestia conmigo.

Megimon la miró, sorprendido.

—¡Diviértete encontrando almas perdidas y encerrándolas en cadáveres!— exclamó la duendecilla, con su humor cambiando bruscamente a uno más alegre. —¡Tráeme un presente! Quisiera un gatito. O una cabra.

La última vez que te traje un gato, no lo volví a ver jamás. Así que no.

Al poco tiempo, Megimon salió por un portal hacia su mundo natal. Miró hacia arriba, donde el sol brillaba casi blanco en el cielo superior. De repente, recordó, con una extraña mezcla de orgullo y nostalgia, que ese mismo sol había sido alguna vez demasiado brillante para mirarlo directamente. Antes de partir en su camino hacia la grandeza, solo había visto esa estrella vital desde el rincón de su ojo.

Mirar directamente a un poder mucho mayor que uno mismo equivalía a cegarse. Pero ahora, sus ojos lo contemplaban tan fácilmente como las ondas caóticas de magia que surgían del suelo como un brillo térmico.

Extraño, pensó Megimon. ¿Había siempre una convergencia en los límites de Erberen?

Nunca había visitado realmente esa parte del mundo, pero pensó que debería haber leído acerca de un lugar de poder como ese durante sus estudios.

En sus manos, el Disco del Destino Sagrado resonaba de manera insistente.

— Está bien, está bien... — suspiró Megimon. — Encontraremos el alma y seguiremos adelante.

A lo lejos, vio los contornos de un pequeño asentamiento. Ese sería probablemente el lugar más probable. Sacudió las últimas gotas de agua del estanque del disco y lo guardó en sus ropajes blancos y fluidos antes de partir. Un hechizo aceleró su marcha.

Megaemon estaba seguro de que esta tarea se resolvería rápidamente, y volvería a su cabaña antes de que la tetera en su escritorio se enfriara. Después de todo, así había sido esas otras novecientas cuarenta y dos veces que lo había hecho.

La familia se encargaba de las partes más incómodas y complicadas de ese asunto desagradable. Para entonces, el papel de Megimon en el proceso era más una costumbre que un trabajo arduo.

Por supuesto... en las otras novecientas cuarenta y dos ocasiones en que el hechicero había llegado a este mundo para robar un alma, el dueño de la misma ya había fallecido.